

LA MARCHA DE LOS CONSTITUYENTES

Ojalá se tratara aquí de una marcha militar o cuando menos de una marcha deportiva. Desgraciadamente se trata de una marcha fúnebre, de la final.

Cuando me propongo repasar la lista de los constituyentes, aquella lista que tantas veces pasé en la tribuna de Querétaro, me pongo triste y me abruma la melancolía. Tanto compañero vigoroso, en la plenitud de sus facultades físicas y mentales, ha caído inexorablemente en los abismos del más allá. Se fueron muchos de los más jóvenes, cuando parecían de vida más duradera. Se marcharon muchos tribunos, escritores, poetas y no pocos profesionistas. Los generales cayeron como los demás. De 218 que fuimos en el Constituyente sólo quedamos 35. ¿Quiénes serán los últimos tres? ¿Quién será el finalista?

Fue Rubén Darío, el poeta máximo de habla española, quien descubrió la terquedad del tiempo. Es clásica su manera original de tratar este asunto:

*...pero a pesar del tiempo terco,
mi sed de amor no tiene fin.*

El tiempo es como la muerte: terco, fatal, inexorable. Por más que el hombre procure disimular los destrozos que en su naturaleza va causando el tiempo, los efectos de la edad se manifiestan en la vista, en la cabellera, en la debilidad de las piernas. Cuando le fallan los órganos primordiales, el cuerpo humano decae y termina por precipitarse en la muerte. No hay ningún remedio para la enfermedad definitiva. Por eso no debemos darle vueltas: si la desaparición es inevitable, preparémonos a recibirla con gallardía, sin desfallecimientos ni protestas inútiles.

*
* *

Apenas habían terminado las labores del Constituyente de Querétaro, cuando se inició la marcha hacia el más allá. Uno de los primeros en partir fue el general Salvador González Torres, segundo vicepresidente, que estaba en la plenitud de la vida y no parecía ser un predestinado a irse entre los primeros. González Torres era alto, robusto, bien plantado y con bigote kaiseriano. Se marchó sin decir adiós, cuando parecía que lo iríamos a encontrar más adelante, en los caminos de la vida. Otro de los que se adelantaron, a pesar de su juventud, fue Joaquín Aguirre Berlanga, un buen tipo que simulaba estar preparado a evadir las contingencias del tiempo.

En un desafío inaudito murió Luis Espinosa, chiapaneco de verba fácil y de inagotable imaginación. Y se marchó Juan Aguirre Escobar, tan temido por don Manuel Amaya, el de la frase que hizo época: “agua pasada no mueve molino”. Y enmudeció también el *boxito* Ancona Albertos, con su manera peculiar de decir las cosas y su apego a la memoria del discípulo fiel: José María Pino Suárez. Calló Sebastián Allende, caballeroso y cordial amigo, así como Uriel Avilés, el de los cuentos regocijados y tendenciosos. Con ellos se fueron don Amado Aguirre, el ingeniero de minas que no había terminado de contarnos sus experiencias de la “Cuesta de Sayula”, y el general Cándido Aguilar, meritísimo revolucionario.

*
* *

Si nos detenemos en la *B*, tendremos que recordar a don Flavio A. Bórquez, que fue prototipo de bondad y bonhomía. De la *C* hablaremos comenzando por Esteban B. Calderón, quien surgió en Cananea para alcanzar el generalato en las huestes de Diéguez; seguiremos con Nicolás Cano, que hablaba “en puridad de verdad”; haremos recuerdos de Cañete, Castañón, Marcelino Cedano, Porfirio del Castillo, Ceballos *Cirobé* y aquellos dos distinguidos intelectuales que nos entusiasmaron con sus piezas oratorias: Enrique Colunga y Alfonso Cravioto, poeta y pensador.

En la *D* estuvieron el dramaturgo Marcelino Dávalos, Cosme Dávila y Dinorín Francisco, así como el pulcro y atildado escritor Carlos Duplán. De la *E* se nos fueron Rafael Espeleta, tan manoseado por Palavicini, don Francisco Espinosa y don Carlos M. Ezquerro. Fueron muchos nuestros amigos de la *F*: Fajardo, Fernández Martínez, Ramón Fraustro, Frías Juan N. y Gilberto de la Fuente. De los que se fueron con la *G* contamos a García Adolfo,

el general Reynaldo Garza, Giffard Juan Manuel, José Lino Gómez, al obrerista Victorio Góngora, a don Alberto M. González, al linotipista Carlos L. Gracidas y a don Antonio Guerrero.

*
* *

De la *H* partieron Alfonso y Manuel Herrera y los de la *I*, que eran Federico Ibarra y Luis Ilizaliturri. De la *J* recordamos a Juarico Angel S. De la *L* a Labastida Izquierdo, al talentoso y cordial amigo Fernando Lizardi, a Onésimo López Couto, a don Amador Lozano y al doctor Jesús López Lira. De la *M* mencionemos a Paulino Machorro y Narváez, a don José Natividad Macías, al ingeniero Madrazo, al talentoso periodista Froylán C. Manjarrez, al coronel Epigmenio Martínez, a Rafael Márquez, al abogado Rafael Martínez Mendoza y al fogoso orador parlamentario Rafael Martínez de Escobar. Hubo otros grandes amigos de la *M*: Manuel Martínez Solórzano, Ernesto Meade Fierro, el ironista y virulento orador Luis G. Monzón y el mejor batallador del Constituyente, cuya labor abarcó las principales conquistas revolucionarias en las asambleas de Querétaro: ¡Francisco J. Múgica! De la *N* citaremos al erudito financiero potosino Rafael Nieto y al noble y discreto general Antonio Norzagaray. Entre los de la *O* se fueron: Enrique O'Farril, Guillermo Ordorica y Francisco Ortiz Rubio.

*
* *

Palavicini encabeza a los de la *P*. Félix Fulgencio fue uno de los iniciadores del Constituyente y en el Congreso se distinguió por su actividad, energía y práctica parlamentaria. David Pastrana Jaimes fue otro diputado batallador. De este grupo fueron Perusquía y Pintado Sánchez, el bondadoso general Pesqueira y mis amigos fraternales: Alberto Peralta y Manuel M. Prieto. En la *R* se encontraron muchos elementos valiosos: Benito Ramírez G., Enrique Recio, José J. Reynoso, Rafael de los Ríos, Crisóforo Rivera Cabrera, José María y Matías Rodríguez, Alberto Román, don Ramón Ross y el periodista, presidente de la asamblea, hombre honorable, capaz y dotado de un gran valor civil: Luis Manuel Rojas.

*
* *

Con su *S* marcharon Samuel de los Santos, don Lorenzo Sepúlveda, Arnulfo Silva, Alfredo Solares, José I. Solórzano y Silva Herrera José. De la *T* recordemos al laborioso secretario José María Truchuelo. De la *U* a Gerzayn Ugarte, y de la *V*, que también fue numerosa, a este grupo de diputados: al poeta de la barba maderista, Rafael Vega Sánchez; a José Verástegui, al notable ferrocarrilero yucateco Héctor Victoria y al obrerista del Norte, que subía a la tribuna con una pistola agresiva, siempre a punto de salirse de la funda: Jorge E. von Versen. De la *Z* mencionaremos a don Nicéforo Zambrano y me guardo el nombre de Zavala Pedro R. para juntarlo con el de Valtierra Vicente M., porque los dos, cuando se pasaba lista hacían estremecer la sala, lanzando con voces graves, sonoras, militares, su exclamación: ¡presente!

No he olvidado a otros dos compañeros que se distinguieron en las asambleas de Querétaro; Manuel Aguirre Berlanga y Pastor Rouaix. Ambos tuvieron una labor memorable: Aguirre Berlanga al instalar el Congreso y en varias intervenciones en la tribuna. Rouaix fue factor de primera importancia en la confección de los artículos 27 y 123 de la Constitución. Los dos fueron trabajadores activos y tomaron muy en serio su papel. Ambos eran hombres de bien.

*
* *

Entre los últimos caídos se cuentan dos médicos que tuvieron destacada actuación. Uno fue Cayetano Andrade, nacido en Moreleón, que parecía de Morelia. Era de Guanajuato; pero se educó en Michoacán. Son tan vecinos estos Estados, que a Cayetano pudo haberle sucedido lo que al general Rauda, que haciendo su propaganda para gobernador de Michoacán se dedicó a repartir maíz en Acámbaro, sin advertir que estaba ya en Guanajuato. No importa dónde haya nacido: el doctor Andrade fue un buen mexicano. Hombre probo, callado y servicial, realizó una labor meritoria durante su ejercicio profesional: supo ser “médico de los pobres”. Respondió así a su calidad de poeta. Se nos fue llevándose una ambición lírica, condensada en su poema *Enmendaré mi vida*.

El otro doctor fue de Puebla. Era hijo del Colegio del Estado, de donde surgió un grupo de estudiantes revolucionarios: Sánchez Pontón, Quintana, Alarcón y los hermanos Andreu Almazán. Varios de ellos formaron en el Primer Congreso Nacional de Estudiantes. En Querétaro, el doctor Salvador R. Guzmán fue uno de los dipu-

tados de mayor valer intelectual. Con Pedro A. Chapa publicó durante el Congreso un periódico interesante y ameno que se llamó *El Zancudo*. Posteriormente, ingresó al servicio diplomático, figurando entre los aspirantes a la carrera que se presentaron a examen: en las pruebas alcanzó el primer lugar y se comentó por mucho tiempo la forma brillante en que ingresó al cuerpo diplomático de México. Por riguroso escalafón llegó a ocupar el rango más alto en este servicio: el de embajador. Hizo papel importante en las misiones diplomáticas que tuvo a su cargo. Durante toda su vida fue un funcionario valioso y muy estimado.

*
* *

A pesar de que hice desfilar solamente algunos de los constituyentes que se marcharon a la tierra incógnita, parece que traje a un batallón. Ello se debe a la calidad de las figuras presentadas. Al enunciar sus nombres, parecía que se les estaba enaltecendo ya. Pero tuvieron que partir. No hubo otro remedio.

Un día desaparecerá el último de los diputados de Querétaro. Entonces los constituyentes sobrevivirán... ¡a pesar del tiempo terco!